

16

Mayo 12, Domingo, 22:17

PENSÁNDOLO BIEN

(ANTES DE TI /
DESPUÉS DE TI)



Importante

Tijuana, B.C. México

Adolfo Morales Moncada

Pensándolo bien

(antes de ti/ después de ti)

Adolfo Morales Moncada

PENSÁNDOLO BIEN
(ANTES DE TI/DESPUÉS DE TI)
Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.
© Adolfo Morales Moncada
De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina
Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: Adolfo Morales Moncada
Corrección de estilo: Iván Ríos Gascón
Diseño editorial: Estudio APP
Portada: *¿Estás ahí?* de Carmen Campuzano. Técnica: mixta sobre madera y papel.
Tijuana, B.C. México. Junio 2020

ISBN: 978-607-546-375-9

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.
Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

Índice

Mi mundo es de palabras	7
Antes de ti	11
Después de ti	43

Mi mundo es de palabras

Alguna vez dije, porque así lo creía. El mundo en que vivimos es tan grande (o tan pequeño) como las palabras que tenemos para nombrarlo. Ahora sé que esta idea es una desmesura que atenta contra la realidad, cuando menos la geográfica y la astronómica. Pero en ese entonces estaba convencido de que el mundo en el que vivía, no era el que existía, sino el que era capaz de nombrar. El mundo estaba hecho, como nosotros, de palabras. Debo decirte que esa idea sigue vigente. Somos palabras. Somos las historias que recordamos de nosotros mismos.

Desde que recuerdo, aprendí a poner en palabras lo que conocía, lo que pensaba, lo que imaginaba, lo que recordaba. Usé —y uso— las palabras, para expresar lo que otros expresan con música, con objetos de arte, con pinturas, con danza, con fotografías; con risa, con llanto, con suspiros.

Escribo antes de que pasen las cosas, escribo mientras suceden y escribo después de que suceden. Imaginación, testimonio y nostalgia. Por las tardes camino anónimo por las calles de la ciudad con cuaderno y pluma en la mochila que cargo, y te diré que en mi mente siempre hay una página en blanco, esperando.

Escribo, y los que escribimos no hacemos sino apalabrar el mundo; buscamos, perseguimos, acechamos palabras en cada rincón donde suelen habitar, como periódicos, revistas, anuncios, películas; redes sociales, blogs; por supuesto, en libros donde las palabras son un símbolo para convertirse en algo más, es decir, en libros de poesía, donde cada palabra es la metáfora de otra cosa. Cada palabra

(como cada lugar y su nombre) es siempre la representación de algo más. Siempre es un gusto descubrir —o recordar, porque el olvido— una nueva palabra, porque una nueva palabra ensancha —o recupera— el mundo.

Con el tiempo descubrí que la vida (lo que llamamos vida) es tan asombrosa (extraordinariamente asombrosa) que de tiempo en tiempo pone frente a nosotros algo que no solo no tiene nombre, sino que por su esencia, ni siquiera puede nombrarse, no puede entenderse, no puede ser visto o escuchado. En algún lugar leí que el TAO que puede nombrarse no es el TAO; también supe que hay dioses que no pueden nombrarse y solo los reconocemos por sus atributos (un dios del que se dice que *es Invisible e Impalpable, como el Viento Nocturno*, pero cuyo verdadero nombre es impronunciable). De hecho, inventamos una palabra linda para lo innombrable: Inefable. Ese es el límite del lenguaje, lo inefable. También sucede que los seres humanos somos sujetos de olvido, por lo que hay sucesos pasados que hemos olvidado y con ellos, las palabras que los nombraban.

En fin, yo he dedicado mi vida a encontrar palabras, hasta que llego al borde del abismo, ya no hay más que decir, es inefable. No puede nombrarse.

Para cuando tú llegaste, ya escribía. El caso es que escribí antes de ti y después de ti. De lo que puedo nombrar de ti, y de lo inefable, de lo que no podía nombrar, solo quizá, a través de sus atributos. Entonces, escribí tus atributos.

Yo escribía del mundo que conocía, a veces escribía de ti, yo lo sabía, y tú al principio no, pero después sí.

Durante meses de tarde en tarde, de noche en noche, a veces por la mañana, te imaginaba, te testimoniaba, te extrañaba, y entonces escribía. Abría mi cuaderno, escribía, y lo volvía a guardar.

Durante meses, escribir fue el viejo diálogo conmigo mismo. Esa conversación a la que estoy tan hecho desde que tengo memoria. Hasta que una noche, en medio de una de esas conversaciones conmigo mismo, me dije, “pensándolo bien, ella es el origen de algunas de estas palabras, quizá en algún sentido son tuyas. ¿Por qué no dárselas?”.
.

Y bueno, abrí mi cuaderno, separé las que surgieron de ti y aquí están.

Las palabras que escribí de mí y de ti, hasta que llegué a lo inefable.

Lo que escribí antes de ti y después de ti.

Abril 18, domingo 16:40

Antes de ti

1

Febrero 5, martes 10:45

Te miré pasar.

(El resto es saber que somos lo que recordamos).

Recuerdo la tarde, la hora, la calle.

Recuerdo cómo la ciudad se desvaneció a tu paso, cómo el tiempo se sometió al vaivén de tu cadera.

Y recuerdo cuando me dije: a esta ciudad le basta con esta mujer.

2

Febrero 15, viernes 16:40

Te encuentro en la borra del café matutino.

Ahí donde hay quien dice que el tiempo que viene hace sus andamios, sus borradores;

donde los cimientos del café, como un oráculo, trazan las palabras que yo podría decir en las horas por nacer;

donde la figura en el fondo de la taza, no es sino el mapa (edificios, parques, calles incluidas), que seguirán mis pasos en días o años por venir.

Ahí estás, eres una gotita temblorosa en el centro de la taza mientras la gotita que soy discurre lenta hacia ti, y poco a poco va a tu encuentro.

Somos gotitas de la borra del café. También somos notas de una vieja canción escrita en un pentagrama perdido, hojas de árboles cayendo juntas al final del otoño, copos de nieve en medio del invierno. Quizá dos personas que se asombran de encontrarse en el mismo café.

3

Marzo 3, domingo 20:05

Quizás no lo sabes, o quizás sí (¿lo sabes?). Algún día o alguna noche tendrás que decírmelo. El caso es que palabras como beso, ven, tú, te, yo, contigo, conmigo, noche, cadencia, voy, ya, ahora, aquí... son puentes van de mí hacia ti, y de ti hacia mí. Puentes hechos de recuerdos que hemos olvidado, de querencias que habitan en nuestras manos, de anhelos de tardes y noches por venir que hemos imaginado.

Como ves, entre tú y yo, no hay vacío, ni silencio; hay incontables puentes colgantes.

4

Marzo 14, jueves 22:18

A veces quisiera

seguir el vuelo del ave

que aletea cuando parpadeas ;
llevar en una de mis manos
el aroma del bosque enmarañado
que te corona;
y quizás el ligero roce
de tu silenciosa rojedad
que parece que algo dice
aunque enmudece
cuando se posa
y deja su huella
en una taza de café.

5

Marzo 27, miércoles 16:14

¿Estas ahí?

Esta dulce obsesión de estar contigo, de correr por calles y avenidas negando la existencia de lugares, de los otros que habitan la ciudad, de la hora del día; nada importa sino iniciar el interminable rito de tu búsqueda.

Recuerdo entonces (o imagino, o deseo, no siempre lo sé) tu mano en mi mano, mi nombre en tu boca, mis manos en tus manos, el silencio rojo de tu boca a la mía.

¿Estás ahí?

Locura de conocerte.

Alguna tarde, ensimismado, dudé de tu existencia. El caso es que a veces uno duda de su felicidad. Es tan difícil ser feliz, y cuando uno lo logra, (o parece que lo ha logrado) dura tan poco; la felicidad es un dulce aroma que flota inasible frente a ti (como todos los aromas), y está contigo mientras no trates de atraparlo, de poseerlo, de guardártelo en los bolsillos.

Estás frente a mí, y tu presencia trae ese aroma que se esfuma como bruma entre mis manos.

¿Estás ahí?

6

Abril 8, lunes 17:55

Esta tarde parece como cualquier otra. Pero no, no lo es. La familiaridad esconde el misterio y la belleza de lo irrepetible. En realidad, nada vuelve. La vida nunca se repite a sí misma. Es el río en cuyas aguas no nos mojamos dos veces. Eventualmente descubres que un momento, un instante (éste en que estás viviendo), esta tarde nunca volverá.

Esta tarde estás en casa.

Apenas nos conocemos. Me has invitado un café.

(Me miras) mientras me recuerdas del café. (Mientras te miro) yo acepto. Vas a la cocina. Inicias el rito. La cafetera, el agua, el filtro, el café molido (que compraste dos o tres, o diez días antes. ¿Sabrías que el café sería para mí?), las cucharadas una, dos, tres, cuatro.

Te escucho de reojo.

El aroma me llama (el tuyo) y entro en la cocina. No me miras (escuchas mis pasos) pero sabes que te estoy mirando. Te acomodas el cabello.

Espero el café, tu mirada, tu mano.

Algo dices de lo que has hecho durante la mañana.

Te escucho (y te miro).

Me preguntas sobre la taza.

Cualquiera, te digo. Porque en realidad, me da lo mismo.

El café está listo. Los sirves en un par de tazas. Miro su aroma flotando frente a tus ojos.

Una, dos cucharadas de azúcar. Escucho el movimiento de la cuchara dentro de la taza.

La taza de café pasa de una mano a otra. De tu mano a la mía.

El café se enfría poco a poco en la mesita de la sala.

(Te miro), te sé. Suavidad, tibieza, calidez, familiaridad. Hay algo en tu cuerpo que une imaginación con realidad, deseo con satisfacción, lo

inasible y lo concreto, el pasado y el futuro, tiempo y destiempo. Todo se diluye y unifica, se concreta en un acto metafórico. En un instante, en una tarde que (lo sé) no volverá, y que recuerda inclemente y cierta que nada de lo ya vivido volverá

Hay una pedagogía en tu voz, en tu cuerpo, en tu sabor, en tu aroma.
Pedagogía de ti en mí.

Epistemología de la vida

7

Abril 9, martes 9:55

Es martes

No cae del cielo otra cosa que no sea tu nombre.

Me encuentro sus letras entre las ramas de los árboles, atoradas en el letrero del café a donde voy por la mañana camino al trabajo (hay una letra en la taza donde me lo preparan), hay algunas colgadas en los semáforos. No es difícil suponer que otras estarán en parques, mercados, en los mostradores de las farmacias, en los carteles de los cines.

Abro mi mano. Una letra de tu nombre, como una hoja en otoño, cae para mí.

Al final de esta tarde caminamos juntos y dije tu nombre en tu presencia.

La calle primaveral es más silente que la veraniega y la otoñal, pero no más solitaria. La gente deambula en solistas, pares, tríos, escasos cuartetos.

Amigos y familias van en pequeños ensambles.

Yo deambulo solitario, en solista, digamos. Como una suite para cello solo, o partita para teclado, de las que escribió Bach.

Aunque el mío solo es un monólogo en apariencia, porque dialogo conmigo mismo; hablo con los que he sido, con aquellos que vivieron otros inviernos, otras tardes nubladas, bajo soles tímidos o lunas anónimas, ocultas tras las nubes o los montes. No puedo desprenderme de los tantos que fui, de donde estuve, de cuando estuve, yo soy a cada paso, —¿cómo decirlo?—, mi propia sombra, mi perseguidor. Soy un eco de mí mismo, de aquellos que fueron y no volverán.

Pensándolo bien, tampoco puedo dejar de lado todas las posibilidades de los que seré, como no podré evitar, cuando llegue el momento, quién y dónde seré.

Tampoco puedo evadirme del mundo en el que vivo.

Miro los rostros de quienes deambulan a mis costados. Soportan, viven, quizá disfrutan su fría primavera.

Nada sé de ellos, salvo que no volverán.

Camino.

Encontré un café en las esquina. Al menos una breve tibieza.

9

Abril 18, jueves 13:18

Escucho el silencio.

Miro el vacío de tus pasos, de tus voces, de tus rostros.

Sé del mundo empobrecido cuando guardas tu presencia de mis ojos, de mis manos.

Sé que como dijera un poeta (John Donne, si no mal recuerdo) no soy una isla y que las campanas que suenan, (también) suenan por mí.

10

Abril 21, domingo 23:35

Escribir es romper el silencio. Como lo rompe la primera nota de una canción, como la primera palabra de un poema. Ese rompimiento me fortalece frente a la pena, frente al dolor. Porque ante el dolor, el silencio es un agravio más, mientras que la palabra es un bálsamo. El silencio, cuando estamos lastimados, es un anticoagulante, no nos permite sanar la herida que sigue sangrando a lo largo del tiempo. Escribir es una muestra de coraje liberador, es tomar la pluma en la mano, trazar una a una las palabras hechas de dolor, o desaliento, y verlas ahí frente a nosotros. Frente a mí. Eso me permite coagular la herida que poco a poco sangra menos.

Hasta que llega la hora en que el dolor solo es un viejo recuerdo. Lo repito, somos las palabras que somos, somos lo que recordamos que somos. Somos el eco de nosotros mismos.

Inesperadamente te recuerdo, te pienso, te imagino. Bastan una palabrta del viento, el título de un libro cualquiera, el paso de una mujer a mi lado para invocar tu nombre y a ti, que eres el eco de la palabra que te nombra.

Recuerdo a la que eres y las que has sido. Recuerdo a la que fuiste hace tres días, a la que caminó a mi lado hace un par de semanas, y también a la niña que me contaste que fuiste hace años. Todas ellas resuenan en ti.

Te pienso ahora, sin ti cuando escribo esto y tu aliento es el aire, y el eco de tus pasos son la sístole y la diástole de mi tiempo, y tu ausencia es como una noche silenciosa.

Te imagino y convoco la imagen de quien serás. Pienso en *tu rostro mañana* (como el título de la novela de Javier Marías, cuyo protagonista intuye en cada rostro, aquel que resonará en el futuro).

Y sí, recuerdo a la que eres en cada instante: la niña jugando con su mascota, la mujer bajo la lluvia, la que vi hace tres días y a la que veré otros tantos días, semanas. Hasta que el tiempo no se cuente.

12

Abril 25, jueves 11:19

Somos instantes

(y luego, el recuerdo, la resonancia de ese instante)

(y luego, las palabras con las que recordamos ese instante)

13

Mayo 2, jueves 21:15

Un poco de tiempo, solo un poco.

Abriré la ventana del estudio.

(Verás pasar las nubes)

Sentiré el frío en la incipiente mañana. El invierno se decantará. Sentiré el frío en las manos, en el rostro.

(Pensarás entonces en la tibieza probable de mi cuerpo).

Quizá un café. Buscaré el agua, el frasco, el filtro. (Encenderás la cafetera).

Escucharé la caída del agua.

(Escucharás)

El café y su aroma se decantarán como el invierno.

Buscaré a Yo Yo Ma en el celular.

(El cello, con su memoria de Bach a cuestas invadirá tu estudio, tus pasos, tu memoria).

La taza de café humeante estará sobre el escritorio.

(La escasa tibieza en tus manos te recordará la otra, la que se decanta de mí).

Dejaré la taza. Tomaré la pluma. Abriré el cuaderno.

(Encontrarás la página en blanco del cuaderno, y dejarás que tus dedos piensen en mí).

14

Mayo 5, domingo 18:08

Llegará la noche, pensaré en lo que he pensado, recordaré cada uno de mis recuerdos y repasaré una y otra vez las palabras leídas o escuchadas. Recordaré —porque esto lo sé desde hace años, cuando descubrí que cada idea, cada palabra leída, escrita o dicha era siempre el eco de algo más—, que en cada instante resuena el eco de lo imaginado, de lo deseado, a veces, de lo dicho en voz baja, y tiene lugar en la trama inconclusa de tu vida.

Recordé que yo mismo, que mis palabras dichas, leídas o imaginadas en medio de esta noche estarán presentes en las noches por venir, en las palabras por decir. Y que estarán ahí —porque siempre ha sido ahí— porque ahí, se esconden las causas de las cosas que suceden, en el eco que nació de mis viejas palabras que seguirá resonando para recordarme a mí mismo.

El día discurre. Minutos, horas, pasan como ríos cuyo origen y destino son invisibles.

Yo me ocupo, hago cosas, escribo, leo, reescribo releo, prendo la cafetera, pongo música de Bach en el piano de Glenn Gould, me asomo por la ventana, limpio mis lentes, me sirvo café. Vuelvo a escribir.

Miro el librero y voy por los diarios de Pizarnik, que leo y releo. Me asombra su entrega a la literatura, me duele su profunda tristeza.

Regreso a escribir.

Y mientras hago cosas, una palabrita (cualquiera, sí, cualquiera) es como un guiño oculto que me espera entre las páginas de los diarios de Alejandra para sorprenderme. Entonces apareces tú. Y entonces te pienso. A veces el recuerdo se instala frente a mí y se queda quietecito mientras lo miro, y él me mira, y le sonrío y me sonrío. Ese recuerdo se convierte en una palabrita que trae de la mano más palabritas —palabras, recuerdos—. Una me lleva a otra y a otra y a otra más. Entonces me sirvo un poco más de café, cambio el disco de Bach, guardo el libro de Pizarnik en el librero.

Te llamo.

Antes del primer día, de la única noche.

Antes.

Cuando no había bruma como vaho de la tierra, ni luna que atestiguará el silencio de la noche, ni viento rumoreando entre los árboles, ni una sola nube viajera dando sombra a los montes, ni lluvia que limpiara las penas, porque no había nadie triste, nadie caminando con la mirada que buscara un rinconcito donde esconderse entre las piedras del camino, porque no había ni caminos, ni piedras.

Antes, cuando el fuego rugía solitario en las entrañas de la tierra; cuando mi nombre no existía, cuando mi rostro me era ajeno. Cuando yo... pero ¿quién era yo? Silencio, sordo, ciego.

Hasta que caí como un fruto caído de un árbol, o como lluvia derramada de una nube desconsolada en medio de un camino, y fue que te encontré.

Eras como otro fruto caído de otro árbol, o como otra lluvia decantada de otra nube en el mismo camino.

Entonces descubrí tus ojos que decían que también eras aire entre el trigo, y espejo de luna inasible.

Miré tu rostro y supe que yo tenía uno, conocí tu cuerpo y sentí el viento y la tibieza del sol sobre el mío.

Entonces, de mí corazón salió un relámpago de aire, y te nombré.

De tu silencio brotó tu bruma sonora y escuché mi nombre.

Y solo entonces, de ese aire, nacieron las palabras.

A veces pienso que la vida es absurda.

Sólo pensar querer es un absurdo. ¿Cómo querer a alguien de quien no se sabe —ni se sabrá— mayor cosa? Saber todos tus rostros, todos tus nombres, aún los que tú no conoces de ti misma, es una tarea tan inagotable, como inútil. Porque ni siquiera yo mismo sé mayor cosa de los rostros que tendré —acaso supongo mi rostro mañana—. Acaso soy testigo de la que ahora eres, y que mañana, quizá esta misma noche, ya no serás, y tendré que imaginar tu rostro por venir.

Además, nada sabemos del tiempo, pero actuamos como si lo supiéramos todo. Esta soberbia siempre ha sido nuestro abismo. Solo por momentos sabemos con certeza que esta vida, la nuestra, dura un suspiro, un parpadeo. La vida dura lo que el aleteo de una mariposa. Las piedras que encontramos en el camino durarán más que cualquiera de nosotros. Somos nube, bruma pasajera. Somos instantes, relámpagos de aire, palabras.

Entonces, apareces tú como otra nube pasajera, y tus ojos llenos de aire de trigo recién nacido; tú y tu silencio rojo decantando la lluvia hacia mi boca; tú y tu cabello laberíntico invitándome a recorrerlo indefinidamente.

Me digo que querer, que quererte es absurdo. Que no hay tiempo (somos instantes, lo sé, lo he escrito no sé cuántas veces. Estamos hechos de una insignificancia de tiempo y del aire de las palabras que decimos, lo acabo de decir), y sé también que es absurdo desear encontrarte al final de una calle, que me mires, y que digas algo, lo que sea, pero que me hables, que juguemos a ser nubes del mismo cielo, alas de la misma mariposa, y que el final de alguna tarde lo pasemos juntos, olvidando por momentos lo absurdo de la vida, la imposibilidad del tiempo, el aroma volátil en que se convierten las palabras.

18

Mayo 17, viernes 16:25

El amor.

Sí, ese inasible, inesperado, insomne, inescrutable, doloroso, indescifrable, imbatible, inagotable, moridor, moribundo, profiláctico, imprescindible, inexpugnable, imparable, intenso, suspirado, deletreado amor. Sí, el amor, dulce como un pan con mermelada, triste como una noche de otoño sin luna ni estrellas; hecho de gotas de recuerdos olvidados como aquellos caminos por donde ya nadie deambula, de susurros de anhelos compartidos. Sí el amor que habla desde zarzas ardientes que no se consumen, como aquella que albergó la voz del Dios (inefable) en la cueva de un monte en medio del desierto. El amor sí, invocado por manos entrelazadas, por besos humeantes, por lágrimas que crean ríos incontenibles en las mejillas, por una danza húmeda que nos llena de una alegría que se escurre por el cuerpo y nos empapa la vida.

19

Mayo 19, domingo 18:10

Camino.

Apenas escucho el sonido de mis pasos que no dejan huella en el asfalto citadino.

El viento frío hace que guarde mis manos en las bolsas del pantalón. Mis dedos se entumen. Pienso que debí traer guantes esta tarde.

La tarde está nublada. El sol es una intuición, el viejo recuerdo de una tibieza posible.

Este es un invierno oculto en la primavera. Un poco de lluvia, alguna bruma vespertina. No he podido guardar mis suéteres y me he comprado uno más.

Me gusta el invierno, sobre todo este que tiene cinco meses en la ciudad.

Pienso en una taza de café. Ahora me vendría bien una. Calentaría mis manos y volverían mis dedos a la vida.

Camino.

Encontré un café.

Sí, este es un buen invierno a mitad de mayo.

20

Mayo 23, jueves 19:50

Llueve.

Tintineos de campanas de agua que me humedecen, se cuelan en mi memoria.

Pienso que a veces soy como un árbol memorioso de otras aguas (siempre hubo otras aguas) que caían desde los infinitos cielos, los visibles, los imaginados, los recordados; caen gotas en racimos de nostálgicos adagios o alegros, o en estruendosos vivaces sobre la tierra que me sostiene.

Llueve sobre este hombre que cada hora se aleja más de la hora de su nacimiento, pero el tintineo de las campanas de agua humedecen aún al niño que fui corriendo bajo la lluvia (sí, siempre hubo otras aguas), rumbo a la casa de infancia.

Quizá de tiempo en tiempo busquemos y recorremos las calles que nos llevan a nuestra infancia. Supongo que la lluvia, con su rastro de nostalgias, nos muestra el viejo camino que nos lleva a sus puertas.

21

Mayo 28, martes 23:14

Recuerdo la tarde. Nos encontramos en un café del Centro. Las razones son insignificantes. Sentados uno frente al otro en una mesita cercana a una pared, sin verlas, nos rodeaban las paredes laberínticas de la ciudad, el enjambre insolente de sus voces, el estruendo de sus colores.

Intercambiamos con gusto la escaramuza de algunas biografías menores mientras bebimos la que sería la única taza de esa conversación inicial.

Recuerdo tu voz como un pulso, un latido que poblaba el ambiente, una brisa que nacía lejana y que devoraba los ruidos torpes e insolentes del laberinto de la ciudad.

Te escuchaba y el propio latido de mi voz se encordaba al tuyo. Tanto que en un momento no supe cuál de los dos había iniciado el pulso, solo reconocí el tempo, el oleaje compartido, acordes de palabras, de vientos ligeros, de miradas acercándose, siguiéndose, completándose.

Fue ahí.

El olvido.

Siguiendo el pulso, olvidé a la ciudad y sus laberintos; olvidé mi infancia, los nombres de mis padres; olvidé a Bach y sus *suítes*; la historia de la ciudad; el nombre de la calle y el café donde nos encontramos.

Solo estaba ahí el pulso que seguíamos como vaivén, una cadencia en la que nos mecíamos como una barca pequeña en medio del océano, como un hoja caída de un árbol el último día del otoño o como un copo de nieve al inicio del invierno.

No supe cuándo se detuvo el latido, seguramente el pulso fue menguando lento como una luna que se oculta tímida en el horizonte, hasta que una en medio de la oscuridad absoluta, se va.

Fue que reconocí el regreso del laberinto, el enjambre, y por supuesto, el café, y a ti frente a mí.

22

Mayo 31, viernes 19:51

Camino descuidado.

No miro el rostro de una mujer que camina frente a mí y lleva enredadas en su pelo las palabras de amor que la noche anterior le dijera su amante al oído.

No, no siempre pongo atención. Tardo en recordar en qué parte del libro de Pizarnik se encuentran las palabras de desamor y soledad de la

poeta que antes de morir, escribió: “No quiero ir nada más que hasta el fondo”.

Camino en medio de la bruma que exhala la ciudad.

No miro bajo mis pies el polvo acumulado, ni reviso en mis bolsillos las felicidades o desolaciones que las horas traen consigo.

Olvido que estoy hecho de palabras hechas de bruma y no de piedra, ni de madera; estoy hecho del soplo que nos habita, de las palabras —que también son aire— que recogí en el camino.

23

Junio 2, domingo 18:25

Me detuve ante la frase del libro que tenía en mis manos. La volví a leer dos, tres veces. Recordé. Muchos años antes, cuando era casi un niño, me lo habían dicho: “no te aferres a las cosas, todas se van”. Esa frase que había vivido, oculta, palpitando arrinconada me llevó a otra que había leído “lo esencial es invisible a los ojos”, y recordé el libro donde, adolescente, la había leído. Recordé la sala de la casa donde ella me mostró el cuento. La recordé. Recordé sus ojos, sus ojos mirándome; su voz que aprendí de memoria “lo esencial es invisible...”, —repetí en silencio— mirando mis recuerdos hechos de palabras. Recordé entonces un par de líneas que yo mismo, cuando ya no era niño, ni adolescente, había escrito sacudido por las mismas cavilaciones, “abrazar con el cuerpo, lo que el cuerpo no puede abrazar” y la otra, “la miró, se asombró de ella y supo que ese relámpago de su presencia no iba a volver”. No te aferres a las cosas.

Hilvanada a esa idea surgió el título de un libro “Todo lo sólido se desvanece en el aire”. Todo es aire, o polvo, o nube. Nosotros estamos hechos de tiempo, que es aire, de palabras que son aire.

La frase que ahora leía contaba la historia de una pareja como cualquier otra: “descubrieron súbitamente que la felicidad no está en el fondo del cuerpo”. Recordé el relámpago que nunca vuelve, la invisibilidad de lo esencial, todo lo que una vez tocamos se desvanece en el aire.

Por un momento, o lo que pareció un momento, recordé aquello que dije en alguna tarde —igual pudo ser una noche—, que la vida parecía un relámpago de aire que se desvanecía. Recordé. Recuerdos de instantes de aire. El recuerdo del relámpago.

Terminé de leer el capítulo, cerré el libro y lo dejé a un lado.

24

Junio 6, jueves 21:44

Escribir.

Porque el tiempo no vuelve.

Nada vuelve.

Yo mismo no hago sino irme a cada paso, cada hora doy vuelta por la esquina de una calle, de una avenida por donde mi sombra y yo nos perderemos irremediables.

Las olas viajan todo el océano para inmolarse en una playa desconocida, danzan incansables su coreografía cresta y valle, cresta y valle.

Nunca se detienen, nunca vuelven.

El viento lleno del polvo de hojas de árboles invisibles pasa entre mis manos, me abraza y se va llevándose algo del polvo que como las hojas y sus árboles, también soy.

Escucho, sí, el tic tac inagotable de la luna, el sonido de mi respiración, el movimiento de una cuchara en la taza de mi café, tu voz esa tarde decantándose como lluvia entre mis manos, empapándome de palabras como racimos de gotas.

Sé que el fuego se lleva todo, (lo he dicho no sé cuántas veces) porque siempre hay fuego, porque somos polvo incendiándose, hasta que nos lloremos en palabras, y entonces somos la ceniza humeante del tiempo.

Escribo entonces con la pluma goteando cenizas.

25

Junio 10, lunes 11:33

Cuando en los intersticios de tiempo estás iluminando los inagotables recintos de mi recuerdo con la luz de tus ojos; haces de mi cuerpo una caja de resonancia de todos tus nombres (porque recuerdo que te llamas gota, rocío, lluvia, oleaje, vaivén, tormenta); entonces empapas mi cuerpo de tus aromas frutales que se derraman al paso de tu cuerpo; inventas la ciudad que te ha visto pasar por calles, mercados, parques; y pintas el lenguaje del mundo con tu silencio rojo.

La respuesta es amar. Es lo que nos hace ser parte de algo más, con alguien más. Es lo que nos lleva fuera de nosotros mismos, abandonar nuestra limitada y frágil individualidad y ser uno cuando dos o cuando diez mil, cuando el árbol y cuando el bosque.

Amar entonces al oleaje del mar, al sonido del viento otoñal, a las luces lejanas en la noche absoluta, a los pájaros en los alambres callejeros y aquellos que encontraron un breve hogar en algún árbol en su camino; a los versos de cualquier poeta, a las sonatas de Beethoven, al pan en la mesa, al aleteo de las mariposas, al verde que está vivo a nuestro paso, al susurro del cosmos que lleva el eco de su nacimiento en su danza hacia el infinito.

Y amarte a ti, y ser contigo, que resumes todo lo vivo en el laberinto enmarañado que se te derrama, en el río inigualable de tu risa, en el paseo tibio de tu mano por mi vida, en el aroma a sembradíos que te envuelve, en la mirada desde donde me abraza la historia del mundo.

27

Junio 16, domingo 20:32

Te miro y miro el mundo que te habita. Están en ti el atardecer en un monte lleno de pinos; la luna roja enmarcada por el telón de la noche; una flor después de una llovizna vespertina ; la tardes tibias de abril; las calles de la ciudad donde crecí ; el mar y su inagotable misterio; la pintura de Monet; las nubes viajeras pasando sobre mi camino; los hombres y mujeres que formaron las historias de amor de incontables pueblos, todas las aguas que derramó el tiempo; el viejo libro donde hay un poema que había olvidado.

28

Junio 22, sábado 21:20

Te miro. Me gusta mirarte. Me gusta verte llegar, y aparecer bajo el umbral de la puerta de la habitación donde te espero, cerrar los ojos cuando te beso y encontrarme (felizmente) tu rostro al abrirlos. Me gusta mirarte cuando no me miras. Mirarte mientras volteas y miro tu perfil, es decir tu mejilla, la comisura de tus labios, tu cabello creyendo sobre tus hombros.

Me gusta mirar tus ojos, el rojo inasible de tus labios que solo arde cuando te beso, el vaivén de tu cadera que pareciera tener vida propia.

Es adicción, no tengo duda, mi cuerpo se lamenta cuando tu ausencia (síndrome de abstinencia, dicen). Es indudable, tu rostro (y todo lo demás) trae consigo la inasible belleza de la vida.

30

Junio 27, jueves 12:15

Para vivirte (ilusión fantástica, pero querida) no bastarán las incontables noches, la prisa, la piel que se desprende, la pluma y sus palabras, nombrarte inagotable.

Hará falta, quizá, un café vespertino, un beso inesperado, un guiño a tu mirada, una mano envalentonada, y en una de estas, la complicidad de los dioses.

31

Junio 29, sábado 18:00

Sí, lo supe, lo escribí, *el caso es abrazar, con todo lo que el cuerpo es, todo lo que el cuerpo no es.*

(y decirte, con lo poco que las palabras pueden decir, lo que las palabras no pueden decir: lo inefable).

32

Julio 4, jueves 19:40

La tarde no quiere irse.

El cielo se cobija con las nubes que le quedan a la mano.

Allá en el horizonte, la noche esquiva se retrasa.

Las sombras de los árboles poco a poco, lentas, indolentes se alargan con sus tristezas a cuestas.

A la hora del ocaso voy dejando a mi paso el camino poblado de las letras, palabras, recuerdos de aire que se me deshojan.

Me hará falta un buen otoño.

33

Julio 8, lunes 9:37

Este terco afán de buscar y buscar, palabras y palabras y palabras. Quizá porque mi mundo está hecho de palabras.

El caso es que me empecino en que debe haber una forma, una manera, un signo, una metáfora, un guiño del lenguaje, una dulce concesión de la palabra para decirte...

entonces me gasto la tinta como mares que se desbordan, y uso como hojas las dunas en el desierto, tratando de decirte... porque quiero decirte que tú, que cuando tú, que como tú, que porque tú...

Decirte que el silencio rojo de tus labios, que el sonido de tus pasos, que el sabor de tu llegada, que el aliento de tus manos, que el vacío cuando te vas, que las nostalgias que me naces.

Palabras que escribiría sobre dunas del desierto, o en la lluvia del otoño, o en la bruma invernal... pero las palabras, yo lo sé, no se sostienen en las dunas del desierto, ni en la lluvia del otoño, ni en la bruma fría

del invierno. Porque las palabras están hechas de aire, del aire que soy, es mi bruma que gotea y se hunde.

Pero soy terco y sigo pensando en las palabras, aunque no pueda escribirlas en dunas, ni en la lluvia otoñal, ni en cualquier niebla de cualquier invierno.

El caso es encontrar las palabras —inventarlas si hace falta— para decirte que mi vida es otra vida, desde la tarde en que te vi pasar.

34

Julio 13, sábado 14:38

Te miro, incluso, cuando no te miro.

Cuando miro las calles de la ciudad, esquinas, cruceros, panaderías donde sin estar, estás tú; cuando miro mis manos hojeando el libro de Piglia que leo en las noches y miro la página 147 donde habla de una mujer que lo induce al insomnio; cuando hay una mujer en un café que mira la tarde que se desvanece tras una ventana.

Te miro hasta cuando digo mi nombre en un banco, o pongo el cd de Yo Yo Ma en el carro mientras viajo por la ciudad como se viaja hacia la nostalgia.

Ayer te miré otra vez cuando dije: va a llover.

Quizá puedo considerar, que algo de la realidad (esta ciudad —por ejemplo—), no solo se muestra frente a nosotros, sino que se reinventa a nuestro paso. Quizá algo sabe de nuestras querencias, de nuestras inquietudes, de nuestros miedos. Nos ha visto pasar en su laberinto de colores, voces y aromas. Sabe de nuestras preferencias por ciertas cafeterías que amorosa pone a nuestro paso. Sabe de ti y te regala aromas y flores que te esperan en alguna esquina, paredes de ocasos, nubes que son como bosques hechos de niebla. Como sabe de mí, guía mis pasos a bibliotecas medievales ocultas tras pasadizos secretos lejanos de tumultos innecesarios.

Quizá algo de la realidad nos guiña sonriente de tarde en tarde, y nos regala una vieja tonada, que después de escucharla, desaparece junto con nuestras sombras.

Hoy te he escuchado. Tu voz, que a veces es como rocío fresco de una mañana de marzo, otras como un río que corre frente a mis ojos y resuena entre mis manos, me ha recordado los sonidos que forman parte de mis querencias.

Gracias al eco húmedo de tu voz he recordado el rumor del mar a media noche que escuchaba hace tantos años en el malecón de una playa lejana; el susurro del viento que hace viajar a las nubes llevándose nuestros sueños con ellas; la lluvia de noviembre que se decanta dulce sobre la tierra; el sonido de la noche bajo la luna que me acaricia

llena de una amorosa infinitud; las primeras notas de las variaciones Goldberg de Bach, algunos pasajes de los últimos cuartetos para cuerdas de Beethoven.

Hoy te he escuchado, y tu voz, como suele suceder, nace y muere en el silencio que cobija tus palabras.

37

Julio 24, miércoles 11:30

Hay dioses que no pueden ser nombrados. Su esencia no tiene letras o sonidos. Son inefables.

Hay hechos, momentos asombrosos ante los cuales el lenguaje se rinde. La vida en su portento no se sujeta a la pobreza de nuestra palabrería. Quizá sea nuestra soberbia pensar que hay palabras para todo. Quizá por eso hicimos nuestro último, la poesía.

Hay hechos asombrosos de la vida que no pueden ser dichos, que no pueden ser comprendidos, que no pueden escuchar. Para ellos no hay palabras. Son inefables.

Tu belleza es así. Inefable.

Hay momentos, miradas, aromas, gestos fugaces, que me dejan inútil de palabras.

Solo me resta mirarte como se mira a la luna, diez mil veces luna, contenida en cada gota en una lluvia de invierno.

Después de ti

38

Agosto 3, sábado 23:15

Estás recostada a mi costado. Quieres dormir.

He sido testigo de cómo te despojas de las impertinencias, de los humores, de los cansancios, de los polvos, de las malquerencias que te dejó el día.

Te sumerges poco a poco en la noche, es decir, en la penumbra de la habitación.

Bajo las sábanas, eres un susurro, un deseo, un refugio, un alivio, un bálsamo.

Mi cuerpo, liberado de su propio desgaste, abre sus brazos para recibirte. Te acurrucas, a mi lado eres como un presagio; eres como la nube antes de la lluvia; como la brisa antes del viento; como el ocaso antes de la noche.

A los pocos minutos me miras tras el telón caído de tus párpados. Desde ese silencio me nombras, me hablas, me encuentras.

39

Agosto 7, miércoles 11:55

He besado tu vientre, tu mirada, alguna de tus palabras;

he palpado tu sueño, tu respiración, tu aliento;

he tenido en mis brazos el asombro inagotable de tu hermosura ilimitada.

Y no, no hay mujer más bella que tú.

(Ni tú).

40

Agosto 10, viernes 19:10

La tarde se agota y las sombras se alargan.

Una estrella al final del horizonte se asoma y parpadea.

La luna, detrás del monte, se asoma.

Hazme noche.

Hazme noche y permite que la tibieza de mis brazos te cobije; déjame ser un manto que te cubra y alivie de los cansancios y pesares del día.

Hazme noche y deja que mi cuerpo inasible acaricie tus pensamientos.

Hazme noche, quiero ser una luz azul que te ilumine y encamine tus pasos hacia el sueño

Hazme noche, recuéstate y duerme en mí.

41

Agosto 16, viernes 21:46

El paso, el peso del tiempo.

Eso que sucede cuando miro el fondo de tus ojos. Eso que dura un instante (pero somos instantes). Un instante que sabes irrepetible (porque nada vuelve, porque la vida es un relámpago de aire). Ésta sacudida de tu mirada, también sabes, no volverá.

El tiempo que no te conocí, era necesario para llegar al tiempo de tu mirada.

¿El destiempo, es la antesala del otro tiempo?

Lo sé.

42

Agosto 18, domingo 10:28

Está el movimiento del cosmos, que crece y crece y se expande infinita, e inculcable.

Estamos nosotros, viviendo en esta arenita azul que gira sobre sí misma en medio de la nada desde cuando el tiempo no era tiempo. Ese destiempo cuando no había quien mirara la luna en el horizonte, ni bebiera de las aguas de los ríos (porque no había ni luna, ni horizonte, ni quién bebiera de los ríos, ni quién mirara hacia la noche).

Está la sucesión de días y sus noches, de veranos, de inviernos, de nubes que pasan para luego diluirse dando lugar a la bruma, al olvido.

Estoy yo, hijo de mortales, deambulando en un breve territorio en la arenita azul, entre los días escasos y sus noches breves, mirando la luna en el horizonte, bebiendo agua de los ríos, sintiendo entre los brazos el paso del viento que arrastra hojas muertas (vestigios efímeros de los árboles milenarios), a lugares guardados por el olvido.

Y en medio de todo esto (los días y sus noches, las lunas visibles en el horizonte) apareces tú, alguien más que bebe del río, alguien más que mira a la luna, alguien más que bebe de las aguas del río.

Sé, lo he meditado, que la batalla contra el tiempo es una batalla perdida (sé bien que soy, que somos un susurro inaudible, un relámpago de aire), pero sé que es urgente perdurar (al menos, tratar de perdurar); es urgente (porque no hay tiempo, sí, sí, somos instantes, y si hay tiempo es un relámpago de aire, solo un fantasma). Es imperioso encontrar la manera de sobrevivir a los días y sus noches, veranos, inviernos, al viento. Es urgente. Entiendo esta inexpugnable verdad: tú estás aquí, y sé que esto lo modifica todo.

No puedo ser solo un suspiro que se desvanece, ni una hoja que zarandea el viento otoñal, ni una bruma que se despide en llovizna, no, (perdona mi insistencia), no, mientras tú estés aquí.

Porque tú, que eres eco de lo vivido, de lo dicho, de lo pensado, de lo callado, de lo deseado, lo modificas todo.

43

Agosto 20, martes 23:40

Te escribo.

Para escribirte encuentro las palabras para nombrarte en los cajones de mis recuerdos, en las bolsas de mi pantalón, en el fondo de la taza de mi café, en mi librero (entre las páginas de Bolaño, de Sabines, de Benedetti, de Segovia y sus Besos, de Gelman y su Ofelia —en algunos de mis cuadernos, como este—), entre mis discos de Bach (los de Yo Yo Ma, los de Glenn Gould, el de Martha Argerich), en el estuche donde guardo unas plumas, en los tinteros, dentro de mis zapatos; también en una panadería a la que voy una o dos veces por semana, y en el sonido de una máquina de espresso que está en una cafetería en el corazón de la ciudad.

Pero siempre hay más, otras, inagotables nuevas palabras que encuentro en el fondo de tus ojos, en el aroma que te circunda, en la borra del café, en lo que me dices cuando nada dices.

Entonces, regreso al cuaderno y te escribo.

44

Agosto 24, sábado 22:55

Sé que somos las palabras que decimos, sé que somos lo que recordamos.

Tengo algo que decirte al oído

algo a tus manos

algo más a tu cabello

otra cosa a tu cadera

alguna a tus comisuras, la de tus pechos, y la de tus labios,

una más qué decirle a tus ojos.

Mi cuerpo, asombrado de ti, tiene cosas qué decirte.

45

Agosto 30, viernes 7:45

Te voy a amar mucho, pero mucho. Porque nada me gusta más, ni sabe mejor, ni huele mejor, ni se siente mejor, ni me va mejor, ni me alegra más que amarte.

46

Septiembre 2, lunes 22:15

Te exploré y encontré un territorio que confundía la realidad con el deseo. No sé si esto fuera posible. En un principio, hace algunos meses, pasaba más tiempo con la que imaginaba, que contigo. A veces eres la misma. Poco a poco, la que eres va tomando el lugar de la que imagino. También ha ido creciendo la que recuerdo, la que provoca mi nostalgia.

Recuerdo cuando como cualquier explorador de lo imaginado seguí —quizás reconocí— las líneas de tu espalda y puse nombre a sus senderos. Los seguí hasta encontrarme con ciudades escondidas llenas de voces inmemoriales y de cantos sagrados. Escalé y descolgué tus hombros, dejando mis huellas (las de mis labios) como un testimonio o un recuerdo de mi frágil presencia. Finalmente, agotada de besarte, descansó mi boca al borde del abismo de tus senos.

Tengo que decirte que de tiempo en tiempo, no sé dónde inicia mi imaginación de ti, dónde mi recuerdo de ti, y dónde eres tú.

Quizá, no importa.

47

Septiembre 7, sábado 23:36

Te beso. Escucho las voces lejanas de tu cuerpo que me invocan. Voces de incontables mujeres cuyos labios susurran plegarias a diosas desconocidas, celebran cantos inmemoriales, apalabran sus propias historias. Hay voces que nombran, llaman —me llaman—.

Después de besarte. Viajo piel abajo siguiendo el llamado de las voces de las mujeres que habitan tu cuerpo.

Escucho sus historias: un ave liberada navegando entre las nubes, un árbol de cerezas en país lejano, un arpa en manos de una mujer prodigiosa, una carta de amor que nunca se envió, un sepulcro, una niña jugando en un bosque nevado, una lluvia ligera en un jardín donde un par de enamorados se miraban con las manos entrelazadas.

Después de conocer tus recónditos misterios, vuelvo a tus labios y tus ojos para estar con la que ahora eres.

48

Septiembre 8, domingo 18:50

También recuerdo la tarde en que te besé, era un beso de los primeros besos. Recuerdo que te iba a decir algo sobre tus labios —pero te diste cuenta—, entonces me besaste tú, y yo olvidé todo lo que te iba a decir.

49

Septiembre 17, martes 20:45

Dedico tiempo y tiempos para vivirte.

Conozco alguno de tus nombres (unos cuantos, un puñado de ellos). Nunca conoceré todos, que son tantos como las arenas bajo el mar.

Sé que te encuentras en cada rincón insospechado de ti misma, escondida en cada pliegue de tu piel, en la sombra que te sigue fiel, sin importar a donde vayas. Como sé que hay insinuaciones tuyas en mis pasos, en mis palabras, en mi memoria de los tiempos.

Te intuyo, además, en donde no estás: oculta tras las ventanas de casas desconocidas, leyendo en una tarde en la banca de un parque solitario, en medio de la multitud que se aglomera en una plaza, comprando

flores en una esquina del centro de la ciudad.

Vives, tangible entre mis brazos, e inasible, improbable, inconclusa como un personaje hecho de palabras a la mitad de una novela.

50

Septiembre 21, sábado 22:10

Tu cuerpo es un umbral, es la puerta hacia donde vives.

Es el arco necesario para llegar a donde te encuentro.

En el umbral están tus ojos, tu boca, tus pasos, tus manos.

En el límite de esa sombra que palpita en tu corazón contando lo que algún día se agotará.

Cuando dejo tras de mí esa puerta de bruma cristalina, encuentro el asombro que viene con tu mirada, tu beso, tu cadencia, tu caricia nacida de la mujer que vive tras el umbral.

Tu cuerpo indica dónde concluye el mío. Me recuerda que este cuerpo que soy, es la habitación donde vive quien también soy.

Mi cuerpo también es un umbral, y estoy cruzándolo para llegar a ti.

51

Septiembre 26, Jueves 18:45

Eres dulce como una gota, dos, tres, mil. Lluvia salvadora del campo sembrado que suelo ser.

A veces eres dura, como piedra extraída de la tierra, te guardo como la otra esencia destino.

Eres también la ternura de una brisa inesperada en las tardes de verano.

En alguna tarde dueles en mi mano como el llanto inconsolable del inmundo dolor en Palestina.

En tu pecho amoroso y generoso, se escuchan las voces de injusticias y delirios que alguien destinó para el olvido, me miras y tus ojos son los de quien se asombra de encontrar a alguien más sobre la tierra.

52

Octubre 3, jueves 23:22

Para escribirte no queda sino olvidar las viejas palabras conocidas que solo hablan de la que ya no

eres. Nadie es el mismo al día siguiente. Solo una resonancia de los rostros pasados.

Tengo que inventar el lenguaje que te apalabre.

Crear nuevas palabras para nombrarte, para decirte, para deletrearte.

Cualquier otro lenguaje es inútil, obsoleto, fútil.

El tiempo corre como el río caudaloso que no se detiene, los días, las noches, las horas, se lanzan a un abismo inagotable como la noche.

Sé que en el principio fue el movimiento. Y desde entonces nada hacemos sino girar.

Para nombrarte, a ti que mueres y renaces cada día, hay que enterrar y nacer en las palabras —que sé— morirán contigo y conmigo esta noche.

53

Octubre 17, jueves 19:20

Pasa el tiempo, los días con sus noches, las lunas renacidas, los jueves y sus viernes. Y tú, ahí, creciendo en los intersticios, hilando la sombra del tiempo, urdiendo todo. Te sé oculta en la bruma nocturna que estorba las luces de la ciudad, en el aroma y la tibieza necesarias del café de la esquina, en el rojo vespertino que incendia todo lo que miro, en el ruido y en el silencio del mundo, en el sonido de mis pasos.

Estás tan en todo, que de tarde en tarde olvido tu nombre.

54

Octubre 21, lunes 11:15

El caso es que no sé qué hacer con el que soy (cuando estoy contigo), cuando estoy sin ti.

En realidad, solo sucede que el que soy cuando estoy contigo, me gusta más.

55

Octubre 25, viernes 2:18

La noche que me oculta de los males de la vida, me abriga, da reposo a mi cuerpo recubierto del aire del tiempo, y libera por seis o siete horas a mi alma.

El mar allá, lejos, susurra, danza y oscila. Yo escucho (o recuerdo) su canto.

Sobre mí reconozco a los viejos dioses con sus rostros de lluvia, tormenta, de hoja de árbol, de vuelo de pájaro, de perro callejero, de niño jugando con arena. Para ellos, los viejos dioses, cada palabra es una plegaria.

Deambulo sobre el recuerdo del único abismo donde vale la pena sumergirse.

La palabra es el relámpago de fuego donde inmolarme, y la tierra santa donde pueda, hecho de ceniza, morirme y morirme y morirme.

He recordado esa tarde. Andaba escaso de calma y sobrado de ruidos internos. Me pasa de tiempo en tiempo. No son los ruidos citadinos los que más me agobian, a esos termino por mirarlos con displicencia y olvidarlos. Es mi palabrería interna la que se embrolla, la urdimbre de ideas se anuda en mi garganta. Era una tarde así. Fue entonces cuando, en medio de ese caos, te vi. Tu mirada separó la maraña interna de escombros, se desataron los nudos y se abrió un sendero luminosamente silencioso hasta tus ojos.

Pensándolo bien, sé que bien que pude no conocerte, seguir sordo y ciego perdido en mi laberinto, no mirarte ni seguir el sendero que tus ojos abrieron. Pude pasar de largo, y ser entonces solo un mortal cualquiera.

Hay algunos momentos, pocos, lo sé, en que, inmerso en tus ojos, sumergido en tus labios, enterrado en tu piel, me olvido de mí; y hubo otros en que es tan avasalladora la experiencia de tí, que me olvido de mí y de ti.

No hay yo, ni tú.

Hay algo más que nace entre los dos.

Somos uno, por momentos (porque somos instantes),

Solo uno.

Por instantes quizá dejamos de aferrarnos a nuestra frágil individualidad, a la soledad del yo, al miedo a dejar de ser quien creemos ser (o queremos ser, o nos decimos que debemos ser) para ser parte de algo más, donde solo podemos ser lo que realmente somos.

Después de ese momento de encuentro (que casi siempre es fugaz), después de Ser Uno, inimaginablemente uno, volvemos a ser dos. Dos más individuos, más frágiles, más finitos, más efímeros. Recuperamos nuestras fronteras cercadas por vallas infranqueables, volvimos a ser una isla en medio del infinito e incierto mar.

Ahora, gracias a ese momento fruto de nuestra amorosa osadía, un aroma, un dejo, un eco tuyo permanece conmigo, latiendo.

Te escucho, y descubro en tu voz un enjambre de voces venidas de todos los tiempos, de incontables tonos, susurros y estallidos; voces de almendras, de uvas; voces de lluvia y fuego; voces que invocaban desde el oleaje originario de la vida.

Te escucho y escucho las voces de las inasibles mujeres que te habitan: una campesina moliendo café, una joven enamorada orando a la luna, una repartidora de pan, una revolucionaria en medio de la batalla, una hija de los dioses dialogando con vivos y que a punta de palabras regresa a la vida a los muertos, una mujer que desentraña las leyes del mundo, del cosmos, de la vida, una mujer que pare con

su cuerpo lo mismo humanos que trigo, unos ojos hilvanados a un cuerpo que habla.

Te escucho y escucho rezos a las almas perdidas, cantos dulces y amorosos para los enamorados en los parques sentados bajo la sombra de algún árbol entrelazando sus miradas, proclamas de libertad y de justicia donde solo reina el poder y la muerte, susurros que se originan en la brisas de la madrugada y a la hora de la noche silenciosa.

Te escucho y escucho un enjambre de voces y aún así distingo la tuya entre millones que resuenan en ti.

Te escucho y descubro en tus palabras el eco de mujeres que hablaron o fueron silenciadas, de las que escribieron o soñaron que escribían, las que nacieron y murieron mudas, y aquellas cuyas letras transitaron el sinuoso camino para ser una voz en ti.

Te escucho y desperté a tu voz.

60

Noviembre 30, sábado 23:35

Aquí estoy como cada noche, deshilvanando paciente los nudos tristes, desolados, dolorosos que el día tejió en mi cuerpo.

Quitándome la armadura de polvo oxidado con la que transito por las calles, las oficinas, los incontables mercados.

Limpiando mi presente de los fantasmas de penas y frustraciones añejas que se aferran a mi historia y anhelan colarse en cualquiera de mis horas futuras.

Desnudándome de destiempos, de incertidumbres, de inútiles atributos, renaciendo junto con la noche, que también olvida sus infinitos pasados.

61

Diciembre 3, martes 14:33

Como no eres sino el mundo en el que vivo, no hay aire sin tu aroma, no hay sonido sin tus pasos, no hay colores sin tus rojos, ni palabras de aire sin la brisa de tu nombre.

62

Diciembre 5, jueves 22:12

Tu cuerpo, limitado e infinito, breve e inagotable, no es sino una muestra de este cosmos

inasible, inconmensurable que, como tú, palpita frente a mí al margen del tiempo.

Tu presencia señala los límites y las posibilidades de mi existencia.

Mis manos son mi frontera que cruzan el aparente vacío para llegar a las costas de tus dedos,

de tu hombro, de tu boca.

Tu cuerpo es la tierra prometida que me invita a dejar de ser isla en medio de la nada, para ser archipiélago.

63

Diciembre 17, martes 18:45

Te miro. Tus ojos, lunas menguantes y crecientes, nacen y renacen en cada parpadeo. Incontables días y noches pasan frente a mí mientras te miro y me miras. Entonces escucho las voces, tus voces. Me despido de tu ojos lunares. Viajo piel abajo siguiendo el llamado de tu cuerpo. Me enfrento a los cantos que nacen de tus abismos insondables, a las primeras palabras —guardadas bajo tu piel— que son el origen del tiempo nuestro. Palabras que son el lenguaje único que trazo a trazo deletrea todas las historias imposibles que me guían al lugar donde el silencio es la certeza de la vida y muerte.

64

Diciembre 20, viernes 21:18

Me eres necesaria.

Entre otras cosas, porque eres un atributo más del Dios innombrable.

Cuando deambulo escurriendo escepticismo, o cinismo, o cualquier otro de los *ismos* que me invaden, Dios te usurpa y me mira tras tus ojos, se oculta en tu sombra, me consuela usando tus palabras.

En mis días aciagos, cuando el dolor y la furia del mundo me arden, cuando el olor a muerte se cuela en mi corazón, cuando el desasosiego paraliza mi brújula, tú, con tu fe indomable, tu certeza hecha de granito puro deposita en mi mano o en mi oído las siglas del Dios invisible, que deletreo en silencio, como un bálsamo para resanar al mundo que me habita y recuperar mi alma para los vivos.

65

Diciembre 23, lunes 12:50

Lo escribí.

Te miraba aun donde tú no estabas.

Pero ese solo fue el inicio. Porque luego supuse tu complicidad.

Después era como entrar juntos en la misma librería, yo buscando algo viejo de Saramago porque supe de sus *Cuadernos de Lanzarote*, mientras tú seguías preguntando por la poesía de Elvira Sastre, que no encontrabas en ningún lado.

Alguna tarde, quizá esa misma, saliendo de la librería, estaríamos cada uno en un café en rincones diferentes de la ciudad leyéndonos pasajes de los libros recién comprados.

Nuestras miradas se encontraban sin conocerse, cruzamos palabras que nunca nos dijimos, contemplamos distantes la misma luna, nos empapó, aunque nunca lo supimos, la misma lluvia una mañana de enero.

Nos fueron pocos los paseos que tuve por el centro de la ciudad, vagabundeando solo, con las manos en los bolsillos tomándote por la cintura. Ni las veces que sin que estuvieras ahí, te encontré en una esquina mirando unos zapatos.

Luego, no te conocí.

Te reconocí.

Nos reconocimos. Cada tarde juntos, más que una experiencia nueva parecía un recuerdo compartido.

Tu mano era una vieja conocida, como tu cintura, como tu libro de poesía, como tu presencia bajo la noche, bajo la lluvia, bajo la tarde.

66

Diciembre 27, viernes 1:40

Te miro.

Mis manos miran tus incontables senderos; mis labios miran tu silencio rojo; mi olfato mira de cerca todos tus aromas; mi oído mira la cadencia envolvente de tus pasos; mi recuerdo mira tus pasados conmigo y mi imaginación mira nuestro tiempo que viene.

Es cierto, a veces tengo el asombro de mirarte con mis ojos.

67

Enero 2, sábado 19:44

Recuerdo la luna, el frío, la ligereza de nuestras sombras deslizándose una sobre la otra.

Recuerdo la escasa bruma, como vaho nocturno del mundo rodeándonos.

Entonces un guiño (un roce apenas) de uno de tus dedos sobre mi mano, y tu mirada decantándose como cascada de flores sobre la mía.

Sé que algo dije (que no recuerdo), pero mis ojos rememoran la leve sonrisa de los tuyos.

Y recuerdo cómo poco a poco nos deslizamos al borde del destiempo y caímos juntos en la insondable profundidad de la noche.

No ha amanecido.

68

Enero 4, lunes 18:56

Parpadeas.

Las lunas se ocultan y renacen una, dos, cinco, mil veces.

Anocheces y amaneces diez mil días.

Una vida pasa frente a mí mientras miras y parpadeas.

Y ahí estoy, iluminado por las incontables lunas a lo largo de la vida.

69

Enero 8, viernes 22:18

Visito tu cuerpo y es un bosque donde recién ha llovido; una florería llena de rosas, orquídeas y tulipanes; un carrito de frutas que tiene mangos, y uvas y fresas; una catedral a donde postrarme y orar a los dioses insomnes; una panadería con pan recién horneado; una ciudad llena de mujeres de voces y rostros que cuentan sus inverosímiles historias; una página siempre escrita y siempre en blanco; un cuarteto de cuerdas que interpreta lo mismo a Bach, a Bartók y a Piazzolla; un desierto inexplorado, el inagotable vaivén del mar; la eterna noche con sus lunas.

70

Enero 10, domingo 16:35

Frente a mi vida, con sus múltiples errores, torpes equivocaciones, lluvias innecesarias, sombras ominosas, tristes desesperanzas, dolores inesperados, tu amor es, sin duda, un indulto.

71

Enero 20, martes 21:44

Lo he pensado.

Y sí, lo sé.

El tiempo, ajeno a sí mismo, nunca se detiene —el río de Heráclito— nada vuelve, nadie, nunca.

Pero lo he pensado. Se ha vuelto un deseo soterrado que late por sí mismo, repitiéndose, resistiendo:

mirarte otra vez, como la primera vez, como aquella tarde de febrero.

Mirarte mirándome otra vez, como la primera vez, besarte, sentirte, escucharte como la primera vez.

Ilusionarme, desearte, soñarte como si sólo hubiera una vez.

Volver al asombro de ti, una sola vez.

72

Enero 26, martes 20:35

Te diré, a la distancia, hay ciertas noches de este invierno, cuando un poco el frío, y otro poco el silencio, en que algo de ti (un guiño, un susurro) parece crecer entre mis manos. No sé, es cosa del tiempo. El caso es que vivimos un instante, para luego convertirnos en nostalgia.

73

Febrero 2, martes 22:40

El caso es... desde que tú, aparecieron en mi vida llamadas inesperadas, palabras breves y contundentes, (sí), silencios insondables, caricias que son un bálsamo, (ven), humedades que corren como incendios, nuevos atardeceres, (ya), el pan de la tarde, (aquí), aromas de tierras lejanas, (contigo), las incontables texturas de la tierra, (ahora), las inexpugnables noches, el tiempo fuera del tiempo, (siempre),(ahora).

74

Febrero 6, sábado 19:55

A veces estás lejos. Lejos, como lo que tardo en recordar tu voz y deletrear tu nombre; recordar tu nombre en evocar tu rostro; recordar tu rostro, y encontrar el recuerdo de tu aliento; recuerdo tu aliento, y encontrar el color de tu boca; memorar tu boca y humedecer la mía al recordar tu beso; volver al relámpago de tu beso y desear el silencio; volver al silencio y susurrar tu nombre.

75

Febrero 9, martes 18:10

Tu silencio rojo se abre sin ponerme sobre aviso.

Una sacudida llega a mi boca como un relámpago.

Ahí, en mis labios queda una herida que tarda en sanar, dejándome inútil de palabras.

76

Febrero 14, domingo 22:55

Tu cuerpo arena inasible, desierto inexplorado donde mis manos se hunden, perdiéndose irremediabilmente, ardiendo sumergidas en tus arenas rojas y negras.

Cuando la luz te delinea, eres basta, dueña de una limitada infinitud.

Mi mirada se sabe inútil, ante tu territorio ignoto.

Llegado el fin del día no eres sino el cuerpo palpitante de la noche.

A veces, la nada necesaria de la que surge la vida.

El silencio necesario donde nacen las palabras.

77

Febrero 17, miércoles 18:40

Es tarde, la noche fresca, tempranera, me espera. Y mientras la tarde roja agoniza frente a mis ojos, de las bocinas del auto escucho un cello que desborda un adagio otoñal, adoptando la forma del recuerdo que te contiene.

Escuché en la radio una canción pasada de moda. Su tonada me tomó por sorpresa. Me rememoró, es decir, me situó en una calle de una ciudad que conozco, en la sala de una casa en donde he estado, en un sillón donde me he sentado, frente a una taza de café. De la memoria de mi piel, de mis ojos, de mis manos, se derramaron incontables recuerdos: un beso, una caricia, es decir, una textura, un color, una suavidad, luego, unos ojos, después unos cabellos. Sin pensarlo apareció en mi memoria, una voz, un rostro, un nombre que deletreo, una, dos, tres veces.

La canción, no me di cuenta, había terminado. En la radio alguien hablaba, diciendo cosas que no entendí. Pero recordé el beso, el rostro, el nombre, la puerta, el sillón, los ojos cerrándose, el café.

Ahora, regreso a ese momento, y recuerdo, y me pregunto, hace cuánto de esa tarde, la del café. Sé que fue hace... de pronto el pasado no importa. Porque la vida es... eso que ahora sucede en mis labios, y parece que hace solo un instante que te besé, y que tu cabello pasa por mis manos. La vida, el beso, tu nombre. Tú, yo... un instante. Y su eco... que repite, el beso, una y otra, y otra vez.

Lo he pensado. Alguna vez pareció algo irrelevante, pero pensándolo bien, no puedo ser un suspiro que se disipa en el viento del norte; ni hoja que, desprendida, se pierda entre miles en medio del otoño; ni bruma que termine en fútil llovizna; ni una palabra devorada por el

abismo negro del olvido. Tengo que resonar, y ser el eco que cimbrea en la noche.

80

Marzo 1, lunes 17:22

Recuerdo que te recuerdo.

Recuerdo tu nombre, recuerdo cómo te llaman, y recuerdo cómo te llamo yo.

Recuerdo cómo me llamo, cómo me llaman quienes dicen conocerme, y cómo me llamas tú.

Recuerdo las noches compartidas, el frío de la calle afuera, tu abrazo tibio, tu pierna como

candado y el aliento de tu cabello frente a mis ojos.

Me recuerdo, recordándote.

Recordarte me hace bien.

Y recuerdo que tú bastas

para que la ciudad...

para que el otoño...

para que la noche...

para que el sueño...

para que la palabra...

para que yo...

para que esta hora, este día

esta vida.

81

Marzo 6, sábado 14:18

Te beso y llevo a mis labios la nostalgia de las tardes otoñales, el sabor de la eterna brevedad, la furia del mar del norte, el fuego impaciente del que nacen los montes, el susurro inaudible de tu silencio rojo.

82

Marzo 9, martes 23:47

Aquí estás, recostada a mi lado, desnuda de palabras, de dudas, de pasados; y yo te recibo, sin otro atributo que el cierto cobijo de mis brazos.

83

Marzo 17, miércoles 17:15

Eres dulce como una gota, dos, tres, mil. Río salvador del campo sediento que suelo ser.

A veces dura, como piedra extraída del corazón de la tierra, te guardo como la otra esencia del mundo.

Llueves la ternura de una brisa inesperada que me empapa en mis tardes del estío.

Duelen en mi mano como el llanto inconsolable cuando el inmundado dolor me agobia.

En tu pecho generoso encuentro el palpitar de la vida que late acorde al devenir del cosmos.

En tus labios memoriosos se escuchan lo mismo las voces de injusticias que alguien destinó para el olvido, como el poema de amor escrito en soledad que nadie, sino tú, recuerda.

Me miras y tus ojos son los de quien se asombra de encontrar a alguien más sobre la tierra.

84

Marzo 21, domingo 11:38

El tiempo me encuentra pensando en ti, hilvanando algo sobre los misterios,

digamos, de tu espalda, esa belleza oculta de ti misma, ese país inhabitado que tú no conoces.

Me encuentro entonces inventando o memorando historias sobre una, ese territorio infinito y apacible que tus manos no visitan, una tarde y una noche mis manos discurrieron siguiendo en el vacío la bruma olorosa de tu cuerpo, una belleza inasible que solo permanece en la memoria y luego en la solitaria nostalgia.

Me recuerdo ignoto de la luz que nace de tus ojos, de las noches efímeras nacidas, cada uno de tus parpadeos de la triste ausencia de tu nombre.

Sé del tiempo en que eras solo la espuma de un oleaje en una playa desconocida, mientras yo deambulaba fantasmalmente en un mundo que no te conocía.

Y recuerdo ahora, hace un par de horas, tu respiración, gota a gota como una lluvia imprevista

empapando mi cuerpo.

85

Marzo 26, viernes 22:21

Me hice al viaje partiendo del pozo inagotable de tus ojos, soporté el viento embravecido de tu cuerpo hasta encallar en tu cintura, seguí al aroma que nace bajo tu piel, cuyo origen susurra tu nombre. Horas o meses después —no lo sé— inicié el recorrido cuerpo arriba escuchando con mis dedos la historia que me contó cada línea, cada sendero, cada duna, cada encrucijada.

Deslumbrado, miré la densa bruma caliente de tu suspiro, sabiendo que tras ella estaba tu boca.

Llegada la noche, no hice sino rememorar mi vieja travesía, y cobijado en tu sueño olvidé la vida en la desmemoria de tu cuerpo.

86

Abril 3, sábado

Es de noche. No sé la hora. Pueden ser las dos o las tres de la madrugada.

Mi brazo es un susurro tibio que te rodea. Tu cuerpo me dice que duermes.

Yo no quiero dormir. No ahora. Afuera hace noche. Miro de reojo el destello nocturno, se cuela hasta nosotros aprovechando un descuido de las cortinas. Nuestra noche tiene algo de silenciosa, de quieta, de impenetrable. Mientras yo tengo la tibieza susurrante de tu cuerpo, pienso que afuera hace frío. No sé por qué, pero recuerdo otras noches; una hace años en un lugar lejano donde llovía a cántaros, y otra, en medio de un bosque donde el frío no daba tregua, y yo no tenía el resguardo de tu cuerpo para sobrevivirla.

Suspiras, pareciera que algo vas a decir, pero no, sólo musitaste algo, quizá sueñas y en tu sueño algo dices. No sé si sueñas que estás en una plaza, o en un café, o caminando por un parque donde con alguien conversas. Vives otra vida mientras en ésta duermes. En realidad no tengo una idea de lo que sueñas, es decir, de las vidas que vives mientras duermes. La verdad no sé por qué, nunca hablamos de ello. Quizá de tiempo en tiempo en lugar de preguntarte cómo ha sido tu día,

debiera preguntarte ¿en qué has soñado?, ¿a dónde has ido mientras duermes?.

Ahora guardas silencio, quizá en tu sueño ya no tienes con quién hablar. Quizá solo estás sentada en una banca en algún parque.

La noche arrecia.

Tibia, silente, ajena a la noche, duermes.

Mi cuerpo se hunde poco a poco en el tuyo.

87

Abril 6, martes, 21:14

Te quise mañana en su noche impenetrable

te querré ayer con su verano inextinguible

te quiero con las caricias que aún no invento ni imagino

te abrazaré en las tardes cubiertas por nubes que ya se dispararon en la arena

te quise cuando no sabía que tus manos están hechas para acomodarse a mi cuerpo

te amaré llevando en mis manos el nombre que tendré después de las incontables lluvias

te besaré con mis labios de niño sorprendido del fuego húmedo que
los incendió

te desnudé con las manos que tendré cuando el otoño se asome por
la ventana

te miraré con los ojos que me nacerán después de conocerte

te amaré ayer y hoy

como te amé mañana.

88

Abril 15, jueves 17:55

He visitado tu cuerpo, el único territorio bendito donde lo tangible y
lo inasible se rozan.

Tu cuerpo, jardín de aromas hijos de los rojos, azules y amarillos; selva
insomne donde acecha la furia húmeda que sin piedad inunda toda la
tierra; camposanto abierto donde enterrarme antes de morir a mi vieja
historia, a mis nombres oxidados, a mis fantasmas moribundos.

Tu cuerpo, prueba inexpugnable de la vida.

89

Abril 17, sábado 19:24

El caso es que, pensándolo bien, tu presencia en mi vida ha hecho lo que la buena poesía. No he sido el mismo después de leerme y encontrarme en ti.

90

Abril 18, domingo 16:40

Sé que las palabras son aire.

Sé que somos instantes.

Sé que el tiempo es un fantasma.

Sé que somos instantes y que los instantes son efímeros.

Sé que escasamente tenemos el aire que son las palabras, solo por esos instantes.

Lo he pensado, estás palabras son para ti.

Este libro se terminó de imprimir
en el 2021.



Adolfo Morales Moncada

Nace en la Ciudad de México el domingo 3 de julio de 1955. Es hijo de Adolfo Morales y Consuelo Moncada.

Ha publicado cuentos entre 1985 y el 2014, poesía, cuento y ensayo en páginas culturales de diferentes medios impresos locales y nacionales (*El Mexicano*, *ABC*, *Baja California*, *Sol de Tijuana*, *El Día* y *Frontera*), así como en revistas y semanarios culturales como *Bitácora*, *Entre líneas*, la revista de la *Universidad Pedagógica Nacional*, entre otras .

A la fecha cuenta con publicaciones personales como: *Nostalgia* (CONACULTA, 2000), *Nuahui Ollin* (Ars Latina, 2007), *Bo- leros de Papel* (publicación del autor, 2008) y la antología de poesía *A cuatro Fuegos* (2010), la trilogía poética integrada por *La eterna brevedad*, *Prólogo* y *Favor de no molestar*, (*estoy pen- sando en ella*) (El Gráficografo 2012-2013), *Apalabrarte* (2014), *A dos tintas* (2016) y *Tierrabajo* (2018).

Desde 1988 y hasta la fecha produce y conduce el programa radiofónico *Letras al aire* (IMER), donde hace promoción de la literatura en todos sus géneros.

Actualmente ofrece talleres de creación literaria y cursos de his- toria de la literatura.



**BAJA
CALIFORNIA**
— GOBIERNO DEL ESTADO —



SC
SECRETARÍA DE CULTURA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA



ICBC
INSTITUTO CALIFORNIENSE DE BAJA CALIFORNIA
GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA

